

“El quinto aniversario de la marcha sobre Roma”

El Diario, 31 de octubre de 1927, p. 3.

Hace cinco años, el 28 de Octubre de 1922, el mismo día en que el alma italiana lanzaba sobre Roma las legiones de los "camisas negras" para iniciar la nueva edad de la historia, los críticos, los escépticos, los adoradores de las viejas fórmulas demagógicas, se apresuraron a sentenciar que el fascismo sería un movimiento efímero que no ejercería ninguna influencia sobre el espíritu de la Nación, cuyo destino sería el de extinguirse pronto, en medio de esfuerzos vanos e inconcluyentes.

El quinto aniversario de la revolución, que Italia celebra con rito solemne y austero, desmiente los presagios pesimistas de los críticos, y prueba que un movimiento que no tiene raíces profundas en la vida de un pueblo no puede regir la acción demoledora de fuerzas adversas, ni es capaz de renovar las instituciones políticas de la nación, imprimiendo un ritmo acelerado a la historia, y despertando admiración en el mundo entero.

El fascismo, que ha superado tantos obstáculos, y vencido tantas batallas, tiene una razón de ser que es toda una: la razón fundamental de vida del pueblo italiano.

Gracias a él los valores ideales de la nación se han vuelto a imponer más dignamente que antes, después del grandioso sacrificio de la guerra.

El estado liberal no estaba en grado de adaptarse a los tiempos nuevos, la democracia demagógica carecía de ascendiente para imponer al pueblo la religión del deber, el socialismo, exasperando la lucha de clase hasta el punto de volverse incompatible con la existencia del estado, era la negación de la patria.

Después de la guerra, esta crisis espiritual de la nación llegó a su madurez, y el movimiento fascista representó la solución de la crisis, y ha cumplido su obra saludable y benéfica.

Elevado al poder con la marcha sobre Roma, ha realizado plenamente cuanto figuraba en sus premisas ideales e históricas, apareciendo hoy Italia fuerte y respetada, maestra de una nueva civilización, como la soñaron sus mártires y sus pensadores.

La obra realizada en el breve lapso de un quinquenio, es tal que se impone a la admiración del mundo.

Compárese la situación de la Italia actual, bajo los diversos aspectos político, social, económico, financiero, moral, con la Italia del 1922 y la diferencia constituirá el documento indiscutible, el documento de hecho de la acción innovadora del régimen.

¡Cuánto camino, cuántas imprevistas realizaciones, en estos cinco años de durísimas fatigas y de rudas luchas!

El fascismo con su marcha revolucionaria ha escrito la página más activa de la vida italiana: en cinco años ha hecho lo que hubieran realizado cincuenta años de historia verdaderamente nacional.

¿Qué ha quedado del viejo edificio liberal? ¡Nada o casi nada!

El edificio, ya minado en sus cimientos basta recordar la impotencia del Estado para defender los derechos de la Nación frente a los derechos del individuo [sic], recibió de la impetuosa ola fascista el choque violento que lo desmoronó.

El liberalismo, que se había agotado en el vano esfuerzo de conciliar antítesis irreductibles, ya no reflejaba el alma verdaderamente de la Nación y se había demostrado, en el terreno de los hechos, absolutamente incapaz de conservar, defender y aumentar el patrimonio ideal de la nación y la nación misma.

Entonces se podía exigir a la patria el extremo ultraje de negarle todo valor, negando el valor de sus hijos que la habían defendido tan heroicamente, del Carso al Stelvio!

Ahora, afortunadamente eso no es más que un triste recuerdo del pasado!

El fascismo, animado por una alta idealidad ha vuelto a valorizar lo que durante los pasados regímenes había perdido todo valor. El Estado, de fantasma que era, se ha vuelto el Estado consciente de su contenido ético, de su función, de su autoridad. La patria, de concepción territorial se ha elevado en todas las conciencias a sentimiento patriótico, a sentido de unidad y de solidaridad, que une en un sólido organismo todos sus hijos.

El trabajo —fuente de riqueza— ha sido elevado a factor máximo de las fortunas de la Nación, y colocado a la misma altura del capital.

Los valores éticos han sido establecidos en su integridad y en su saludable eficacia.

El problema colonial se ha vuelto problema de gran interés para todo el pueblo, y al incremento de las colonias van dirigidos los prudentes cuidados de un gobierno consciente de los intereses italianos.

Los armamentos (ejército, marina, aeronáutica) han sido organizados debidamente y ya no hay ninguno que considere gastos inútiles los millones destinados a su desarrollo.

El sentido de dignidad nacional está bien difundido entre los ciudadanos: ninguno se avergüenza hoy de ser italiano y de sentirse llamar italiano.

El pueblo tiene conciencia de su destino y de su glorioso porvenir, porque sabe que Italia es fuerte, y constata que la Italia fascista no tolera disminución de sus derechos, así como respeta los derechos de los otros. Esta es la conciencia italiana, después de cinco años de acción fascista.

Dos objetivos fundamentales han sido realizados por el gobierno de Mussolini en un lustro, superando dificultades de todo género, en el extranjero y en el interior: la reintegración del presupuesto y el arreglo de la deuda pública.

Actualmente se puede agregar a los objetivos alcanzados plenamente, la valorización de la lira, cumplida "efectivamente" y sin ninguna repercusión desventajosa para el comercio y la industria.

Antes de la marcha sobre Roma el presupuesto italiano presentaba un déficit, que, a juzgar por su apariencia, parecía destinado a oprimir a la Nación durante un número infinito de años.

Todos recuerdan en Italia, el negro pesimismo de los presidentes del consejo del pasado régimen, que gobernaron después de Víctor Veneto, de Orlando de Nitti y del mismo Giolitti, que decían que era indispensable esperar veinte años para ver subsanados los desastres económicos de la gran guerra.

En cambio, el nuevo gobierno tuvo la virtud, a los tres años de conquistado el poder, de hacer desaparecer el déficit, obteniendo desde entonces una utilidad de 418.000.000.

La reconquista del saldo alejó el peligro de tener que recurrir ulteriormente al crédito para las exigencias del Tesoro, y permitió la gradual disminución de la ingente deuda pública, que durante la guerra y hasta la marcha sobre Roma, se había elevado a cifras verdaderamente alarmantes.

El exceso notabilísimo de las entradas cobradas, enfrente a los gastos pagados, sirvió para dar la máxima parte de los medios para reducir el volumen de la deuda interna, que en los primeros cuatro años del gobierno mussoliniano fue disminuida de 10.000 millones, de los cuales sólo la cuarta parte fue cubierta por un préstamo contraído en el extranjero.

Es también sabido, que las deudas de guerra tuvieron un arreglo, que redujo el perjuicio a proporciones tolerables, como es también sabido que el gobierno italiano eliminó en forma definitiva el grave peligro que los "bonos del tesoro" se presentaban para la finanza del Estado, efectuando la consolidación obligatoria de ellos.

Las entradas, durante el ejercicio 1926-1927, sumaban más de 21.000 millones; los gastos constatados en el mismo ejercicio ascendían a poco más de 20.000 millones, dando una utilidad de más de 1.000 millones.

Pero si se tiene presente que en los gastos van comprendidos 250 millones de liras para construcciones ferroviarias, y 500 millones para reducción de circulación bancaria por cuenta del Estado, resulta que la utilidad efectiva del ejercicio 1926-1927 es de más de 1.700 millones.

Resultado prodigioso que revela el espíritu de sacrificio de los italianos y su decidida voluntad de dar al pueblo el bienestar económico que sólo puede derivar de una sabia administración del erario público y de un sentido ético de la misión del ciudadano moderno.

En el quinto aniversario de la marcha sobre Roma, Italia puede mirar confiada en el porvenir!